



MI HERMANA ANTONIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

# I

¡Santiago de Galicia ha sido uno de los santuarios del mundo, y las almas todavía guardan allí los ojos atentos para el milagro!...

# II

Una tarde mi hermana Antonia me tomó de la mano para llevarme á la catedral. Antonia tenía muchos años más que yo: Era alta y pálida, con los ojos negros y la sonrisa un poco

## C O F R E D E S A N D A L O

triste. Murió siendo yo niño. ¡Pero cómo recuerdo su voz y su sonrisa y el hielo de su mano cuando me llevaba por las tardes á la catedral!... Sobre todo recuerdo sus ojos y la llama luminosa y trágica con que miraban á un estudiante que paseaba en el atrio, embozado en una capa azul. Aquel estudiante á mí me daba miedo: Era alto y cenceño, con cara de muerto y ojos de tigre, unos ojos terribles bajo el entrecejo fino y duro. Para que fuese mayor su semejanza con los muertos, al andar le crujían los huesos de la rodilla. Mi madre le odiaba, y por no verle, tenía cerradas las ventanas de nuestra casa, que daban al atrio de las Platerías. Aquella tarde recuerdo que paseaba, como todas las tardes, embozado en su capa azul. Nos alcanzó en la puerta de la catedral, y sacando por debajo del embozo su mano de esqueleto, tomó agua

## C O F R E D E S Á N D A L O

bendita y se la ofreció á mi hermana que temblaba. Antonia le dirigió una mirada de súplica, y él murmuró con una sonrisa:

—¡Estoy desesperado!

### III

Entramos en una capilla, donde algunas viejas rezaban las Cruces. Es una capilla grande y oscura, con su tarima llena de ruidos bajo la bóveda románica. Cuando yo era niño, aquella capilla tenía para mí una sensación de paz campesina. Me daba un goce de sombra como la copa de un viejo castaño, como las parras delante de algunas puertas, como una cueva de ermitaño en el monte. Por las tardes siempre había corro de viejas rezando las Cruces. Las

## COFRE DE SÁNDALO

voces, fundidas en un murmullo de fervor, abríanse bajo las bóvedas y parecían iluminar las rosas de la vidriera como el sol poniente. Sentíase un vuelo de oraciones glorioso y ganoso, y un sordo arrastrarse sobre la tarima, y una campanilla de plata agitada por el niño acólito mientras levanta su vela encendida sobre el hombro del capellán, que deletrea en su breviario la Pasión.

¡Oh, Capilla de la Corticela, cuándo esta alma mía, tan vieja y tan cansada, volverá á sumergirse en tu sombra balsámica!

## IV

Lloviznaba anochecido cuando atravesábamos el atrio de la catedral para volver á casa. En

## COFRE DE SÁNDALO

el zaguán, como era grande y oscuro, mi hermana debió tener miedo, porque corría al subir las escaleras, sin soltarme la mano. Al entrar vimos á nuestra madre que cruzaba la antesala y se desvanecía por una puerta. Yo, sin saber por qué, lleno de curiosidad y de temor, levanté los ojos mirando á mi hermana, y ella, sin decir nada, se inclinó y me besó. En medio de una gran ignorancia de la vida, adiviné el secreto de mi hermana Antonia. Lo sentí pesar sobre mi como pecado mortal, al cruzar aquella antesala donde ahumaba un quinqué de petróleo que tenía el tubo roto. La llama hacía dos cuernos, y me recordaba al Diablo. Por la noche, acostado y á oscuras, esta semejanza se agrandó dentro de mí sin dejarme dormir, y volvió á turbarme otras muchas noches.

V

Signieron algunas tardes de lluvia. El estudiante paseaba en el atrio de la catedral durante los escampos, pero mi hermana no salía para rezar las Cruces. Yo, algunas veces, mientras estudiaba mi lección en la sala llena con el aroma de las rosas marchitas, entornaba una ventana para verle: Paseaba solo, con una sonrisa crispada, y al anochecer su aspecto de muerto era tal, que daba miedo. Yo me retiraba temblando de la ventana, pero seguía viéndole, sin poder aprenderme la lección. En la sala grande, cerrada y sonora, sentía su andar con crujir de

canillas y choquezuelas... Maullaba el gato tras de la puerta, y me parecía que conformaba su maullido sobre el nombre del estudiante:

—¡Máximo Bretal!

VI

Bretal es un caserío en la montaña, cerca de Santiago. Los viejos llevan allí montera picuda y sayo de estameña, las viejas hilan en los establos por ser más abrigados que las casas, y el sacristán pone escuela en el atrio de la iglesia: Bajo su palmeta, los niños aprenden la letra procesal de alcaldes y escribanos, salmodiando

las escrituras forales de una casa de mayorazgos ya deshecha. Máximo Bretal era de aquella casa. Vino á Santiago para estudiar Teología, y los primeros tiempos, una vieja que vendía miel, traíale de su aldea el pan de borona para la semana, y el tocino. Vivía con otros estudiantes de clérigo en una posada donde sólo pagaban la cama. Son éstos los seminaristas pobres á quienes llaman códeos. Máximo Bretal ya tenía Ordenes Menores cuando entró en nuestra casa para ser mi pasante de Gramática Latina. A mi madre se lo había recomendado como una obra de caridad el Cura de Bretal.

Vino una vieja con cofia á darle las gracias, y trajo de regalo un azafate de manzanas reinetas. En una de aquellas manzanas dijeron después que debía estar el hechizo que hechizó á mi hermana Antonia.

## VII

Nuestra madre era muy piadosa y no creía en agüeros ni brujerías, pero alguna vez lo aparentaba por disculpar la pasión que consumía á su hija.

Antonia, por entonces, ya comenzaba á tener un aire del otro mundo como el estudiante de Bretal. La recuerdo bordando en el fondo de la sala, desvanecida como si la viese en el fondo de un espejo, toda desvanecida, con sus movimientos lentos que parecían responder al ritmo de otra vida, y la voz apagada, y la sonrisa lejana de nosotros: Toda blanca y triste, flotante

en un misterio crepuscular, y tan pálida, que parecía tener cerco como la luna.

...Y mi madre, que levanta la cortina de una puerta, y la mira, y otra vez se aleja sin ruido.

## VIII

Volvían las tardes de sol con sus tenues oros, y mi hermana, igual que antes, me llevaba á rezar con las viejas en la Capilla de la Cortice-la. Yo temblaba de que otra vez se apareciese el estudiante y alargase á nuestro paso su mano de fantasma, goteando agua bendita. Con el susto miraba á mi hermana, y veía temblar su boca. Máximo Bretal, que estaba todas las tar-

des en el atrio, al acercarnos nosotros desaparecía, y luego, al cruzar las naves de la catedral, le veíamos surgir en la sombra de los arcos. Entrábamos en la capilla, y él se arrodillaba en las gradas de la puerta besando las losas donde acababa de pisar mi hermana Antonia. Quedaba allí arrodillado como el bulto de un sepulcro, con la capa sobre los hombros y las manos juntas. Una tarde, cuando salíamos, vi su brazo de sombra alargarse por delante de mi, y enclavijar entre los dedos un pico de la falda de Antonia:

—¡Estoy desesperado!... Tienes que oirme, tienes que saber cuánto sufro... ¿Ya no quieres mirarme?...

Antonia murmuró, blanca como una flor:

—Déjeme usted, Don Máximo.

—No te dejo. Tú eres mía, tu alma es mía...

C O F R E D E S A N D A L O

El cuerpo no lo quiero, ya vendrá por él la muerte. Mirame, que tus ojos se confiesen con los míos. ¡Mirame!

Y la mano de cera tiraba tanto de la falda de mi hermana, que la desgarró. Pero los ojos inocentes se confesaron con aquellos ojos claros y terribles. Yo, recordándolo, lloré aquella noche en la oscuridad, como si mi hermana se hubiera escapado de nuestra casa.

IX

Yo seguía estudiando mi lección de latín en aquella sala, llena con el aroma de las rosas marchitas. Algunas tardes, mi madre entraba como una sombra y se desvanecía en el estra-

C O F R E D E S A N D A L O

do. Yo la sentía suspirar hundida en un rincón del gran sofá de damasco carmesi, y percibía el rumor de su rosario. Mi madre era muy bella, blanca y rubia, siempre vestida de seda, con guante negro en una mano por la falta de dos dedos, y la otra, que era como una flor, toda cubierta de sortijas. Esta fué siempre la que besamos nosotros y la mano con que ella nos acariciaba. La otra, la del guante negro, solía disimularla entre el pañolito de encaje, y sólo al santiguarse la mostraba entera, tan triste y tan sombría sobre la albura de su frente, sobre la rosa de su boca, sobre su seno de Madona Litta.

Mi madre rezaba sumida en el sofá del estrado, y yo, para aprovechar la raya de luz que entraba por los balcones entornados, estudiaba mi latín en el otro extremo, abierta la Gramá-

## C O F R E D E S A N D A L O

tica sobre uno de esos antiguos veladores con tablero de damas. Apenas se veía en aquella sala de respeto, grande, cerrada y sonora. Alguna vez mi madre, saliendo de sus rezos, me decía que abriese más el balcón. Yo obedecía en silencio, y aprovechaba el permiso para mirar al atrio, donde seguía paseando el estudiante, entre la bruma del crepúsculo. De pronto, aquella tarde, estando mirándolo, desapareció. Volvi á salmodiar mi latín, y llamaron en la puerta de la sala. Era un fraile franciscano, hacia poco llegado de Tierra Santa.

## X

El Padre Bernardo en otro tiempo había sido confesor de mi madre, y al volver de su pere-

## C O F R E D E S A N D A L O

grinación, no olvidó traerle un rosario hecho con huesos de olivas del Monte Oliveto. Aquella tarde era la segunda vez que visitaba nuestra casa, desde que estaba devuelto á su convento de Santiago. Yo, al verle entrar, dejé mi Gramática y corrí á besarle la mano. Quedé arrodillado mirándole y esperando su bendición, y me pareció que hacia los cuernos. ¡Ay, cerré los ojos espantado de aquella burla del Demonio! Con un escalofrío comprendí que era asechanza suya, y como aquellas que traían las historias de santos que yo comenzaba á leer en voz alta delante de mi madre y de Antonia. Era una asechanza para hacerme pecar, parecida á otra que se cuenta en la vida de San Antonio de Padua. El Padre Bernardo, que mi abuela diría un santo sobre la tierra, se distrajo saludando á la oveja de otro tiempo, y olvidó formular su

## COFRE DE SÁNDALO

bendición sobre mi cabeza trasquilada y triste, con las orejas muy separadas, como para volar. Cabeza de niño sobre quien pesan las lúgubres cadenas de la infancia: El latín de día, y el miedo á los muertos, de noche.

El fraile habló en voz baja con mi madre, y mi madre levantó su mano del guante:

—¡Sal de aquí, niño!

## XI

Basilisa la Galinda, una vieja que había sido nodriza de mi madre, se agachaba tras de la puerta. La vi y me retuvo del vestido, poniéndome en la boca su palma arrugada:

—No grites, picarito.

Yo la miré fijamente porque le hallaba un

## COFRE DE SÁNDALO

extraño parecido con las gárgolas de la catedral. Ella, después de un momento, me empujó con blandura:

—¡Vete, neno!

Sacudí los hombros para desprenderme de su mano, que tenía las arrugas negras como tiznes, y quedé á su lado. Oíase la voz del franciscano:

—Se trata de salvar un alma...

Basilisa volvió á empujarme:

—Vete, que tú no puedes oír...

Y toda encorvada metía los ojos por la rendija de la puerta. Me agaché cerca de ella. Ya sólo me dijo estas palabras:

—¡No recuerdes más lo que oigas, picarito!

Yo me puse á reír. Era verdad que parecía una gárgola. No podía saber si perro, si gato, si lobo. Pero tenía un extraño parecido con

aquellas figuras de piedra, asomadas ó tendidas sobre el atrio, en la cornisa de la catedral.

## XII

Se oía conversar en la sala. Un tiempo largo la voz del franciscano:

—Esta mañana fué á nuestro convento un joven tentado por el Diablo. Me contó que había tenido la desgracia de enamorarse, y que desesperado, quiso tener la ciencia infernal... Siendo la media noche había impetrado el poder del Demonio. El ángel malo se le apareció en un vasto arenal de ceniza, lleno con gran rumor de viento, que lo causaban sus alas de murciélago, al agitarse bajo las estrellas.

Se oyó un suspiro de mi madre:

—¡Ay, Dios!

Proseguía el fraile:

—Satanás le dijo que le firmase un pacto y que le haría feliz en sus amores. Dudó el joven, porque tiene el agua del bautismo que hace á los cristianos, y le alejó con la cruz. Esta mañana, amaneciendo, llegó á nuestro convento, y en el secreto del confesonario me hizo su confesión. Le dije que renunciase á sus prácticas diabólicas, y se negó. Mis consejos no bastaron á persuadirle. ¡Es un alma que se condenará!...

Otra vez gimió mi madre:

—¡Prefería muerta á mi hija!

Y la voz del fraile en un misterio de terror, proseguía:

—Muerta ella, acaso él triunfase del Infierno. Viva, quizá se pierdan los dos... No basta el po-

## COFRE DE SÁNDALO

der de una pobre mujer como tú para luchar contra la ciencia infernal...

Sollozó mi madre:

—¡Y la Gracia de Dios!

Hubo un largo silencio. El fraile debía estar en oración meditando su respuesta. Basilisa la Galinda me tenía apretado contra su pecho. Se oyeron las sandalias del fraile y la vieja me aflojó un poco los brazos para incorporarse y huir. Pero quedó inmóvil, retenida por aquella voz que luego sonó:

—La Gracia no está siempre con nosotros, hija mía. Mana como una fuente y se seca como ella. Hay almas que sólo piensan en su salvación, y nunca sintieron amor por las otras criaturas: Son las fuentes secas. ¿Dime qué cuidado sintió tu corazón al anuncio de estar en riesgo de perderse un cristiano? ¿Qué haces tú por evitar ese

## COFRE DE SANDALO

negro concierto con los poderes infernales? ¡Negarle tu hija para que la tenga de manos de Satanás!

Gritó mi madre:

—¡Más puede el Divino Jesús!

Y el fraile replicó con una voz de venganza:

—El amor debe ser por igual para todas las criaturas. Amar al padre, al hijo ó al marido, es amar figuras de lodo. Sin saberlo, con tu mano negra también azotas la cruz como el estudiante de Bretal.

Debía tener los brazos extendidos hacia mi madre. Después se oyó un rumor como si se alejase. Basilisa escapó conmigo, y vimos pasar á nuestro lado un gato negro. Al Padre Bernardo nadie le vió salir. Basilisa fué aquella tarde al convento, y vino contando que estaba en una misión, á muchas leguas.

XIII

¡Cómo la lluvia azotaba los cristales y cómo era triste la luz de la tarde en todas las estancias!...

Antonia borda cerca del balcón, y nuestra madre, recostada en el canapé, la mira fijamente, con esa mirada fascinante de las imágenes que tienen los ojos de cristal. Era un gran silencio en torno de nuestras almas, y sólo se oía el péndulo del reloj. Antonia quedó una vez soñando con la aguja en alto. Allá en el estrado suspiró nuestra madre, y mi hermana agitó los párpados como si despertase. Tocaban

entonces todas las campanas de muchas iglesias. Basilisa entró con luces, miró detrás de las puertas y puso los tranqueros en las ventanas. Antonia volvió á soñar inclinada sobre el bordado. Mi madre me llamó con la mano, y me retuvo. Basilisa trajo su rueca, y sentóse en el suelo, cerca del canapé. Yo sentía que los dientes de mi madre hacían el ruido de una castañeta. Basilisa se puso de rodillas mirándola, y mi madre gimió:

—Echa el gato que araña bajo el canapé.

Basilisa se inclinó:

—¿Dónde está el gato?

—Entró cuando trajiste luces.

—Yo no lo veo.

—¿Y tampoco lo sientes?

Replicó la vieja, golpeando con la rueca bajo el canapé:

## COFRE DE SÁNDALO

—¡Que no lo siento, no!

Gritó mi madre:

—¡Antonia! ¡Antonia!

—¡Ay, diga, señora!

—¿En qué piensas?

—¡En nada, señora!

—¿Tú oyes cómo araña el gato?

Antonia escuchó un momento:

—¡Ya no araña!

Mi madre se estremeció toda:

—Araña delante de mis pies, pero tampoco lo veo.

Crispaba los dedos sobre mis hombros. Basilisa quiso acercar una luz, y se le apagó en la mano bajo una ráfaga que hizo batir todas las puertas. Entonces, mientras nuestra madre gritaba, sujetando á mi hermana por los cabellos, la vieja, provista de una rama de olivo,

## COFRE DE SÁNDALO

se puso á rociar agua bendita por los rincones.

## XIV

Mi madre se retiró á su alcoba, sonó la campanilla y acudió corriendo Basilisa. Después, Antonia abrió el balcón y miró á la plaza con ojos de sonámbula. Se retiró andando hacia tras, y luego escapó. Yo quedé solo, con la frente pegada á los cristales del balcón, donde moría la luz de la tarde. Me pareció oír gritos en el interior de la casa, y no osé moverme, con la vaga impresión de que eran aquellos gritos algo que yo debía ignorar por ser niño. Y no me movía del hueco del balcón, devanando un razonar medroso y pueril, todo confuso